

CORNEL WEST: *The Cornel West Reader*, New York, Basic Civitas Books, 1999. 604 páginas.

Se trata de un volumen de 604 páginas, con una miscelánea de temas agrupados en siete bloques temáticos más un *Autobiographical Prelude* y un *Postscript*. Un volumen especialmente útil para los que quieran conocer de manera más completa al sorprendente autor de esa obra fundamental de la teoría política contemporánea que es *The American Evasion of Philosophy*.

Lo primero que llama la atención es el talento de West para expresarse como ensayista prolífico. En principio deslumbra su capacidad para expresarse con fluidez y precisión. En seguida se percibe una formación filosófica y cultural amplia y profunda. No nos oculta que es un escritor afro-americano y que se dirige a nosotros desde las alturas de la academia americana *ivy-league*, lo que en su caso es decir Yale, Harvard y Princeton.

West nació en Tulsa, Oklahoma el dos de junio de 1952 (p.19).

West se declara cristiano, esta convicción está en la base de toda su producción, es casi una declaración de presentación intelectual, un intento de claridad y sinceridad. Pero su cristianismo necesita adjetivos, lo cual indica lo inseguro de su puesto.

Él se considera Chejoviano: "*I am a Chekhovian Christian with deep democratic commitments*" (p.15). La aparición de los adjetivos para poderse identificar nos intriga. Parece usar corrientes de sensibilidad y de creencias de gran aceptación en occidente, pero matizadas por sus convicciones personales.

Considera las obras de Chejov como "las interpretaciones más profundas y sabias de lo que los seres humanos se encuentran en sus luchas cotidianas" (p. 15).

Uno de los puntos delicados en West es su erudición. No hay duda de que posee una formación filosófica y cultural extensa, ni de su comprensión profun-

da de los autores. Es un autor muy inteligente y se expresa excelentemente. No obstante, cabe hacer algunas reflexiones.

La primera es que su cobertura de autores leídos es muy heterogénea y a veces tiene pretensiones de ser total. Sus conocimientos abarcan desde Lorca y Celan, hasta O'Neill, Soyinka o Coltrane, el músico. Sus citas cubren y cubren estilos y períodos, como dándonos a entender que ha llevado a cabo lecturas incansables y abiertas a todo lo que llegaba a sus manos. Todo ello naturalmente sin prejuicios. Y creemos en su buena fe. El problema está quizá en lo que llegaba a sus manos —o quizá la cuestión sea que no todo llega nunca a ningunas manos. Por eso, ante tales esfuerzos agónicos por abarcar todo lo abarcable, ante tal compromiso de dedicación, nos chocan más ciertas obviedades o carencias.

En su demostración de apertura, que le ayuda en parte a no casarse con nadie, a diluir "*in the American way*" todos los textos y escuelas más prietos que quedan de esta manera *esmicolats*; pues bien, en una de estas fugas demostrativas, West nos confiesa que su cristianismo está más cerca del "gnosticismo de Valentinus, Luria o Mononoimos que de las ortodoxias religiosas históricas" (p. xvii). Es chocante que West proclame su gnosticismo de una manera tan romántica y afirmativa. Sin duda no ha leído las tesis de Eric Voegelin sobre algo tan hondo y complejo como el gnosticismo, un trasfondo que Voegelin ve como algo dañino en la cultura moderna.

Afirmarse gnóstico en un mundo académico e ideológico tan ignorante de lo que tal cosa significa, parece querer acudir al exotismo de lo no identificable para poder hurtarse mejor a las identidades que le llaman.

Pues bien; junto a su gnosticismo aparece inmediatamente una corrección.

Da la impresión de que hace estas correcciones pensando en que pueda haber alguien, muy pocos desde luego, que sepan qué es exactamente el gnosticismo y le entiendan. Para ello, West añade que su gnosticismo “retiene un sentido profundo de la historia”(p. 17).

Por otra parte, él mismo nos asegura que su linaje intelectual pasa más bien por Schopenhauer, Tolstoi, Rilke... Kazantzakis y otros, que por teólogos o filósofos. Con lo cual sus veleidades gnósticas quedan atemperadas y, añade, su preparación cultural adquiere su más alta expresión en el *Requiem* de Brahms y en *A Love Supreme* de Coltrane (ibidem).

Por mucho que admiremos a estos artistas y pensadores, resulta curioso que West se nos presente con un canon personal un tanto desvertebrado y sinuoso. Primero extraña su inclinación a definirse claramente en su visión personal de la vida; después asombra que, de manera inesperada, pueda ponerse de manera un tanto frenética a desmontar y deslavar ese mismo canon que nos ha adelantado sin que nadie se lo exigiera.

Creo que West no sabe lo que busca; y lo único que parece percibir es que no hay lugar alguno en donde se sienta cómodo. Sin duda le gusta el arte, el estudio, la indagación cultural y filosófica. Es un intelectual universitario admirable. Pero dedicado a la afirmación de una existencia muy clara y unas ideas extrañas que soporta en tránsito.

Su aceptación del marxismo, su valoración de Rawls, en general todas sus *laudatios*, revelan cierta impotencia en el pensamiento que contrasta aun más en una persona que existencialmente es leal a unas raíces muy queridas y bien defendidas por él mismo.

Gangsterización de la cultura

Esta idea es una excelente aportación de West, para quien los años ochenta tra-

ieron la expansión sin freno de los mercados. En 1989 el uno por ciento de la población de Estados Unidos poseía el 44 por ciento de toda la riqueza financiera del país (p. 345).

Los mercados producen eficiencia e ingenuidad, a la vez que incrementan el aislamiento y la desigualdad de la gente más vulnerable y no les provee de sus necesidades sociales.

Por otra parte, nuestros hijos creen cada vez más que la vida es un asunto narcisista y hedonista (p. 345). Se está colando un espíritu de los tiempos de corazones gélidos y espíritus miserables (p. 345).

Todo se trata de comprar y vender, promover y anunciar. Esta lógica, nos dice West, conduce en último término “a la gangsterización de la cultura” (p. 346).

Esto lleva a una ciudadanía que se desliza “hacia el cinismo, el pesimismo e incluso el fatalismo” (p. 346). Los niños americanos, la mitad de los niños negros y el 20 por ciento de todos los americanos, crecen en la pobreza y están atrapados en un ciclo de desesperación y desconfianza (p. 346). Las conversaciones públicas se enzarzan en el ruido de soltar nombres y señalar con el dedo en ambientes planos y vacíos. Esto está llevando a una situación de terrorismo cívico y psíquico que maldice las calles públicas y las mentes privadas de Estados Unidos.

Las culturas de las pistolas y la droga entre la juventud son los síntomas más visibles de este nihilismo (p. 347).

Al final, West se plantea su gran preocupación como norteamericano: “si hemos de sobrevivir como nación”, tendremos que esforzarnos para que tenga lugar “una conversación sincera y crítica acerca de la raza y la pobreza, los derechos y las responsabilidades, la violencia y la desesperación” (p. 347).

Quizá una aceptable definición de sí mismo sea aquella en la que nuestro au-

tor, en una entrevista de 1992 con la filósofa húngara Eva Corredor, se declara a sí mismo “un luchador por la libertad pragmata, cristiano, profético” que

“sólo es conservador en algunas cosas” (p. 214).

JAIME MACABÍAS